

LA GALAXIA IDEOLOGICA DESPUES DEL 25 DE ABRIL Y SUS RAICES CULTURALES

Por EDUARDO LOURENÇO

Por varios motivos, la Revolución del 25 de abril, comenzando por el epíteto mítico que la hizo célebre en el mundo, fue un acontecimiento singular. Aunque sus actores no lo supiesen, ya en cuanto «revolución», en el contexto europeo y occidental, ese acontecimiento era una revolución póstuma. Surgía justamente cuando la era de las revoluciones, en su canon clásico de subversión de un sistema autoritario de estructura capitalista con el apoyo y bajo la presión de las clases o de los grupos dominados, estaba acabada. Sólo el simulacro onírico de mayo del 68, en el cual ese esquema funcionó en términos inéditos, opuestos a los de la ortodoxia revolucionaria de octubre de 1917, podía en las capas jóvenes, fuertemente marcadas por él y, como de costumbre, hiperpolitizadas, permitir una lectura o la esperanza de un «revival» revolucionario de efectivo éxito. Como Portugal y la Península Ibérica en su conjunto se encontraban entonces, o salían de una época anómala en el contexto democrático occidental, ese onirismo tenía (o tuvo) entre nosotros una influencia y una eficacia prácticas —sobre todo contraproducentes— que permitieron en un breve momento suponer que por nuestro propio anacronismo, al mismo tiempo social e ideológico, una revolución en serio, esto es, una ruptura efectiva en el contexto occidental, fuese no sólo posible, sino también fatal. Gente tan avispada como Henry Kissinger o los altos dirigentes chinos pensaron que Portugal se podría haber convertido en la Cuba de Europa.

Era la incorrecta apreciación no sólo de la relación de fuerzas en Occidente en general, sino también la interna portuguesa, así como las complejas raíces culturales, lo que de antemano la hacían inviable en un país donde, hablando seriamente, nunca hubo una *revolución* —fenómeno, por otra parte, rarísimo en la historia—, a no ser como reflejo diferido, anacrónico y ya como

anticipadamente vaciado de su potencial subversivo del orden o del régimen antiguos. La única excepción está representada por la ruptura liberal de 1834, que resultó de una auténtica guerra civil y reflejó, naturalmente, su radicalismo. Incluso en este caso fue, como por otra parte lo será en 1910, una ruptura impuesta desde arriba. Orgánicas, en Portugal, fueron sólo las contrarrevoluciones...

Con todo, el famoso movimiento de los capitanes desencadenó un proceso que no estuvo lejos de convertirse en una auténtica revolución. Por lo menos tuvo, y conserva en cuanto expresión de nuestro pasado reciente, un momento «revolucionario» con impronta efectiva no sólo a nivel simbólico e institucional, sino también en el plano social y económico, a pesar de su apagamiento gradual todavía no terminado. Esto a pesar del hecho de que tal Movimiento sólo en un segundo reflejo de defensa se haya realmente asumido como *sujeto* de su propia revolución y del manifiesto, simultáneamente audaz y ambiguo, que la justificó a los ojos de sus actores. En el propio día del 25 de abril la Revolución surge con la imagen de una Revolución *sin sujeto*. Es famosa la página del principal estratega de la revuelta militar en su libro *Alvorada de abril*, recordando su paseo, de civil, entre la multitud lisboeta, después de la victoria, en un total anonimato. Como si fuesen meros subalternos de una jerarquía ausente pero omnipresente, los capitanes, paralizados por su propia audacia, en el propio día de la Revolución dejan su representatividad y su responsabilidad al general Spínola. De este modo, una Revolución sin sujeto —que se deseó colectiva, más liberadora del peso africano que del sistema— acabó por tener *dos sujetos*, en torno a los cuales se va a polarizar la decisiva división del país en dos perspectivas e incluso dos campos, y a través de ella la lucha ideológica después del 25 de abril, reformulando en términos nuevos una estructura cultural cuyos componentes, contradicciones y conflictos tenían sus raíces en el siglo XIX, pero que el régimen de Salazar había alterado profundamente. En torno al general Spínola y a la corriente que, bajo múltiples formas, ha continuado en parte bajo su inspiración y representando a los estratos sociales que le dan coherencia y fuerza, se polarizó la ideología y el sistema o referente cultural de un país profundamente conservador, todavía enmarcado por los valores e influencia tradicionales de la Iglesia portuguesa. O por lo menos por todo el tipo de ideología a la que ésta puede servir de subterfugio moral y cultural. En torno del MFA y de su programa, radicalizados poco a poco entre 1974 y 1975 por las exigencias de sus elementos más marxizantes y por la necesidad de autodefensa ante el spinolismo o los partidos próximos a él, se polarizan las diversas constelaciones ideológico-culturales de inspiración marxista.

Entre los dos polos, pero izquierdizado por la situación hegemónica

del MFA y partidos que lo apoyaban, al frente de los cuales estaba el PCP, se encontraba una franja liberalizante, heredera de las tradiciones democráticas europeas, representada por el PS. Es difícil hoy, aunque sólo hayan pasado trece años, referir la indescriptible galaxia ideológica de esa época, que, por otra parte, se decantó rápidamente hasta asumir hoy un perfil más claro o menos tumultuoso en sus expresiones, en el que la relación de fuerzas y el sistema global de esa época prácticamente se invirtió. Como si un Niágara de escritos marxistas de todo tipo se hubiese abierto bajo los cielos tradicionalmente «azules» de nuestra cultura, Portugal fue sumergido, sobre todo en sus centros intelectuales más representativos, Lisboa, Coimbra, Oporto, por una avalancha de información ideológica revolucionaria, que no estaba en condiciones ni de asimilar ni de criticar útilmente. Pasado un primer período de fascinación, sobre todo para una clase intelectual para quien la privación del contacto normal con los grandes clásicos del marxismo representaba una carencia injustificable, esa invasión desproporcionada y de sentido único de literatura revolucionaria suscitó rápidamente un reflejo de rechazo o de indiferencia de amplias consecuencias político-ideológicas. A pesar de eso, es la referencia marxista, la cultura marxistizante en sus diversos matices —de inspiración leninista, maoísta e incluso trotsquista—, la que, a través de los partidos de izquierda, aliados del MFA, constituye el único horizonte ideológico coherente de la primera fase de la Revolución de abril.

A través de los programas escolares, de los medios de comunicación más decisivos, radio y televisión, una gran parte de la prensa, el marxismo, más o menos mitigado, es la *koiné* de la vivencia cultural del país hasta 1976. En el plano más delicado de la expresión literaria, su presencia es paradójicamente no sólo menos ostensible, sino también relativamente discrepante en parte hasta por mediocridad. Esta hegemonía ideológico-cultural del marxismo después del 25 de abril sólo extraña por su exceso e incluso descontrol o expresión de desfase entre el sentir portugués medio y el de la minoría política activa que anima los principales centros de decisión política, social y económica de Portugal en esa época. En verdad, y por más aberrante que haya sido esa hegemonía, o sus ilusiones en cuanto a su capacidad de encuadrar al nuevo Portugal, la referencia cultural marxista no era una novedad ni una excrecencia dentro de la nebulosa ideológica portuguesa. Había constituido desde 1940 la referencia más o menos explícita de la cultura de oposición a la ideología del Antiguo Régimen. Paradójicamente, fue en ese período cuando vivió su edad de oro cultural. Aunque minoritaria cuantitativa y cualitativamente obligada a una cierta existencia críptica, la literatura, el arte, el ensayo, la historiografía de tonalidad marxista gozan en esa época de una hegemonía de hecho que dura hasta la crisis interna de la ideología

cultural marxista provocada por la crisis del posestalinismo y sobre todo por el mayo del 68. La cultura oficial, por serlo, pero también por su arcaísmo metodológico, por su rutina —salvo en el margen ultrarreaccionario y asu- midamente fascista, en diálogo a muerte con el marxismo—, no ofrece una resistencia eficaz a esa cultura, también, en cierto modo «oficial», de oposi- ción. El manual de literatura portuguesa para uso de los liceos justamente con mayor éxito durante el Antiguo Régimen es de la autoría de dos cono- cidos representantes de nuestra cultura marxista, António José Saraiva y Oscar Lopes. Tal vez más que nadie ellos fueron los «educadores» de las diversas generaciones, para quien ese manual era una especie de *vulgata* del marxismo cultural, sabiamente diluido bajo las apariencias de una informa- ción neutral. Comparada con esta hegemonía, la cultura de izquierda no marxista, enmarcada entre el marxismo y el nacional-conservadurismo, es prácticamente inoperante o, por arcaísmo, presa de un racionalismo vaciado, más o menos idealista en su moralismo, o por «marginal», extemporánea, y todavía sin salida viable para el futuro.

Es la dislocación de esta galaxia anterior al 25 de abril y su reestruc- turación en términos diferentes o nuevos lo que la Revolución va a provocar. No sin paradójicos efectos. Triunfante en el plano político e ideológico inme- diatos, único entrelazamiento coherente o línea de fuerza de lo que hay de «revolucionario» en el programa inicial o en la plataforma del Movimiento de las Fuerzas Armadas, cuyos miembros, en los primeros meses, siguen «cursos» de marxistización intensiva (no obligatoriamente controlados por el PCP), el marxismo, en cuanto fuerza cultural, pierde ese estatuto *mágico* que adquirie- ra para la *intelligentzia* portuguesa durante la larga travesía fascista. Pero la marca que dejará en el discurso y, sobre todo, en el *texto capital* de la Con- stitución de 1976, en el momento mismo en que pierde el *control político* efectivo de la situación revolucionaria, es profunda y hasta hoy indeleble.

Sería inexacto afirmar que el texto de la Constitución de 1976 es la ex- presión acabada de la Revolución en cuanto revolución potencialmente mar- xista. Ese texto lleva la marca de los conflictos, de las contradicciones entre las diversas fuerzas políticas y respectivos discursos que se confrontan en el país entre 1974 y 1976. Como es también natural, es un texto que a nivel de ciertos principios formales hace eco o dialoga con el texto de la Constitución precedente, atenuando sus motivaciones antidemocráticas o creando dispo- siciones que pudiesen responder a las críticas de inestabilidad que el Antiguo Régimen dirigía contra la democracia.

Pero lo que impresiona —sobre todo visto a partir de nuestra situación actual— es la presencia y el dominio de la ideología de perfil marxista como horizonte de todo el texto constitucional. Todo, desde el preámbulo hasta

la exposición de los detalles, convierte ese texto menos en un texto *constitucional* en el sentido clásico del término que en un manual de sociología de inspiración marxista. Se da como hecho consumado que Portugal «es una República soberana, basada en la dignidad de la persona humana y en la voluntad popular y empeñada en su transformación en una sociedad sin clases». Es difícil encontrar un ejemplo, no sólo en Europa, sino también fuera de ella, de un texto constitucional tan *orgánicamente ideológico*, no tanto por la doctrina en él contenida, que aunque de hegemónica presencia del discurso cultural marxista, comporta «lexemas» de discursos antagónicos, sino por el *desfase histórico* entre la realidad mítica de esa imagen de Portugal «en transición hacia el socialismo» (otro de sus temas) y el *contenido efectivo* de la sociedad portuguesa a quien el texto estaba destinado. Nunca el idealismo portugués, nuestra proverbial tendencia para confundir los sueños con la realidad, o de vivir la realidad de manera onírica, tuvo entre nosotros una expresión tan *espectacular*. Sobre todo si tenemos en cuenta que los legisladores o los principales autores-actores de este extraordinario documento no pertenecen a la tradición místico-sebástica del orgánico irracionalismo patrio, sino que son, en principio, la expresión de una cultura de raíz racionalista, atenta a lo concreto y con reputación de «realista».

Para ser justo, aparte del contexto histórico de exaltación que explica este «onirismo» paradójico de nuestra izquierda maximalista de la época —que en la práctica podía ser y era, por lo menos en cuanto al PCP, mucho más realista—, ese texto es también una especie de *contra-texto*, de texto exorcista, con relación al texto de la buena conciencia fascista y de su particular orden moral. Al arcaísmo voluntario de la Constitución de 1933, o a su utopismo contrarrevolucionario, corresponde ahora el máximo de *utopismo* revolucionario. A esto se añade igualmente que, más allá o más acá de la letra, ese «utopismo» se puede interpretar como metáfora o alegoría legítimas de un objetivo de felicidad cívica o bien social platónico al que se puede dar en el pasado la correspondencia no menos utópica, pero a fin de cuentas útil, como idea-fuerza, de la liberal y «Santa Constitución de 1822».

En verdad, el lado nefasto de la referencia a la letra marxista, el discurso marxistizante que estructura la primera Constitución y que impregna el texto revisado de 1982, está ligado con una concepción puramente mística de la Revolución de octubre, que no pudo ni podía tener en 1974 un *remake* en el extremo occidental de Europa, y a una referencia a un modelo soviético no menos mítico, en el momento mismo en que ese modelo no sólo había perdido todo el poder de fascinación en Europa, sino que tenía conciencia de su propio utopismo y nocividad en la Unión Soviética. Lo que no significa que un saludable soplo de libertad concreta, de intenciones en sí mis-

mas aceptables, de principios hoy incorporados a la esencia de un Estado de Derecho y de libertad, no sean realistas o válidos, incluso separados del envoltorio formal del imperativo marxistizante que en ellos se encarna.

Si la cultura marxista pudo tener incidencia en la situación creada después del 25 de abril es porque en la otra izquierda, e incluso en lo que se afirmó entonces como social-democracia —y que era una mezcla de personalismo e intervencionismo social—, no había ningún *discurso* ideológico, mínimamente coherente y eficaz, fuera del de la exigencia democrática de moldes europeos. Igualmente tampoco existía, fuera de sus diversas encarnaciones del *socialismo real*, más o menos modeladas por el ejemplo soviético, ninguna referencia europea de otro *socialismo*.

En el orden cultural —si se puede invocar un enmarcamiento de esa naturaleza— el socialismo portugués navegó entre los mares de Marx, reverentemente solicitados en la fase revolucionaria como cautela contra el PCP, y la social-democracia a la alemana, que tiene una tradición y referencias teóricas que nunca tuvieron en Portugal ningún efecto serio. Todas nuestras tradiciones modernas, mínimamente enraizadas culturalmente —ya sean de tipo progresista ya contrarrevolucionario—, son de origen o referencia franceses. A fin de cuentas, fue la ideología del PS francés —o sus varias versiones— la que sirvió a nuestro PS para resistir a la hegemonía marxista, primero sirviendo de biombo a la derecha portuguesa en su conjunto y después para ocupar un «centro» que oscila, en la práctica, entre la social-democracia y las diferentes versiones de nuestra derecha. Poco a poco, después del 25 de noviembre de 1976, que puso término a la veleidad revolucionaria de perfil marxista, el socialismo portugués se transformó cada vez más en un socialismo *a la portuguesa*, abdicando de cualquier perspectiva culturalmente innovadora, para adoptar una estrategia pragmática capaz de ayudarlo a mantener el capital heredado de la lucha *au couteau* con el PCP, salvaguardando a título mítico su configuración de partido carismático de la *libertad* nacida con la Revolución de los Claveles y de la democracia representativa como expresión política europea de esa libertad.

La fragilidad cultural de la sensibilidad socialista —que no es exclusiva del PS portugués— en el contexto de revitalización o pseudorrevitalización del liberalismo en Occidente acentuó la deriva de todo el sistema surgido con el 25 de abril en la perspectiva de una ruptura consecuente con el capitalismo en general y en especial en sus formas corporativistas, hacia un espacio singularmente difícil de definir en términos culturales e ideológicos. Podía hablarse de *restauracionismo*, tal es el sentimiento cada vez más intenso de asistir a una vuelta no sólo de reflejos ideológicos, sino también culturales, con innegables afinidades con aquellos que el Antiguo Régimen expresaba

en el espacio protegido, represivo y confinado que le fue típico. Pero nada «vuelve» de la misma manera. El deterioro continuo del sueño revolucionario, su conversión en quimera, el lado museo Grévin de su gesta, a pesar de próxima, la desideologización genérica del Occidente y sobre todo de la juventud, su fijación en finalidades inmediatas o meramente lúdicas, ofreció (u ofrece) al pseudoapolicismo, tan querido para los defensores del Antiguo Régimen, una nueva oportunidad. El modelo cultural americano —el de la competición y selección a ultranza como expresiones coherentes de un sistema innovador, de riesgo, conforme a la dignidad del hombre como ser libre y de libre iniciativa— viene a vivificar lo que había de pasivo y retrógrado en el antiguo conservadurismo defensivo y da un aire de modernidad y modernismo a la nueva cultura nacida bajo los escombros de la experiencia revolucionaria. La exigencia democrática, convertida en juego lúdico de lo *diferente*, tuvo incluso el poder (o tiene) de transfigurar las expresiones culturales más reaccionarias (folklorismo beato, nacionalismo delirante, esoterismo de todos los hechizos, proliferación de comportamiento personal o social narcisistas), en paradigmas de innovación, excepto la que en ellos tiene incluso su propia justificación.

El antiguo y sospechoso *engagement* dio lugar a una desinversión social aparente, pues en verdad, la nueva clase dirigente, llamada a gestionar una sociedad que las promesas de la Revolución no transformaron, se integra con júbilo y con alguna eficacia en el engranaje de un mundo que parece funcionar definitivamente sin *sujeto* y que es el lugar de una *Revolución* comparada con la cual las llamadas Revoluciones —incluso las menos imaginarias de lo que fue la nuestra— son fenómenos de desajuste cibernético y de arcaísmo imperdonable.

Como consecuencia de la nueva situación, los reflejos en el orden cultural después del 25 de abril sufrieron un cambio radical. El orden cultural perdió su función simbólica de espacio de conflicto y confrontación de ideologías de perfil más o menos bien definido en lucha, para transformarse en una especie de trascendencia. En todos los órdenes, desde el económico al social, al político, al religioso, ya no tiene importancia que el Mesías haya venido o no. El propio apocalipsis está detrás de nosotros. Portugal es un país demasiado pequeño para que el significado de este cambio le sea imputado o sea un efecto lógico de una Revolución abortada. Se limita a ejemplificar, en su escala, un fenómeno si no universal, parauniversal, y a vivirlo con la misma displicencia risueña o la misma alegría resignada con la que siempre más o menos vivió todas las revoluciones o metamorfosis culturales que lo dejan igual a sí mismo.

(Traducción de LORENZO FERNÁNDEZ FRANCO.)